

Se ha escrito mucho, no lo suficiente, sobre los desaparecidos en Colombia. Pero habitualmente nos olvidamos de las familias, de la gente que dejan atrás. En el mejor de los casos, y por triste que suene, se tienen que conformar con un cuerpo que enterrar, un duelo que dé explicación a todas las incógnitas que se abren cuando la persona desaparece.

En otras ocasiones, la angustia se alarga indefinidamente. Es la tortura más dura, la del desconocimiento, la de la incertidumbre. Además de las secuelas psicológicas, la familia queda trastocada económica y socialmente.

Tienden a aislarse de su entorno vecinal, para evitar preguntas que le recuerden el drama. Temen que el horror de la desaparición llegue a otros miembros de la familia. Sufren durísimas represalias por investigar el paradero de un esposo, de un hermano, de una madre.

En un alto porcentaje de casos, el que desaparece es un padre de familia. Al faltar, desaparece el dinero y el trabajo. La ley establece un periodo de dos años, desde el día de la denuncia, para dictaminar la llamada “muerte supuesta”. Esta declaración es imprescindible para que la esposa pueda disponer de cuentas bancarias, propiedades o cualquier tipo de bienes ya que usualmente están a nombre del cabeza de familia.

Estas víctimas indirectas de la desaparición insisten en que si no se ha vivido la experiencia es difícil que se comprenda. Merece la pena hacer un esfuerzo de aproximación a la realidad de estas personas.

De pequeños jugábamos a las torturas

Desaparecido Jorge Soto el 15 de Julio de 1985

Familiar: Marta Soto, hermana

No se olvida:

Cuando éramos pequeños estábamos muy compenetrados. Con catorce o quince años jugábamos con el resto de compañeros. Nos torcíamos los brazos... decíamos, en broma, que nos estábamos preparando para las torturas. Al pasar los años la mayoría de esa gente está muerta o desaparecida, como mi hermanos. Es muy triste porque seguramente no aguantaron las torturas de verdad”

“Otro hermano lo paso muy mal. Él estudiaba en el extranjero y al llegar Medellín lo confundieron con Jorge y los compañeros pensaban que lo habían soltado. Fue duro.”

“Mi esposo, que era como un hermano para Jorge, no acepta la situación. Cree que mi hermano no ha muerto. Mi papá ha dejado el caso en el aire. No quiere hablar de ello. Y...mi mamá llorar cada vez que se habla de él.

Jorge dejó un niño- Ahora tiene 13 años y dice que no quiere saber de su papá para que no le haga falta. Es como si lo quisiera borrar. Ninguno lo superamos.

La tortura queda de por vida.

Desaparecido: José Elpidio Gil, José Libardo Gi y Bernardo Gill. 7 de octubre de 1994

Familia: Fabio Gil, padre del primero y hermano del resto.

Negando la muerte:

Mi esposa nunca ha aceptado la desaparición de nuestro hijo. Era el mayor y parecía el padr de familia por lo responsable y cariñoso. Ella sigue cocinando las cosas que le gustaban a José Elpidio y ella no cree que haya muerto después de este tiempo.

Para nosotros es muy duro , no tanto la desaparición sino la tortura que queda de por vida para la familia, Yo soy realista, y sé que es muy difícil encontrarlos vivos, pero quiero saber que les pasó.

Tengo 7 hijo. El que seguía a José se descontroló los días siguientes. Decía que no le importaba la vida. En cuanto a las familias de mis hermanos... sus hijos han quedado aguantando hambre sin que nade les brinde ayuda de ninguna clase.

Mis hermanos mantenían a mis cuchos, de 67 y 71 años y también han quedado muy desamparados. ¹

¹ La lectura de hoy ha tomado fragmentos de:

- Periodico El Colombiano, 1996.